



UNA VEZ EL AZAR SE LLAMÓ JORGE CÁCERES

Pavel Oyarzún Díaz
Universidad de Magallanes
pavel36@yahoo.com

ORCID: 0009-0003-1207-3928

Hace un siglo, en Santiago de Chile, nació Jorge Cáceres –nombre civil: Luis Cáceres Toro–. Vino al mundo apenas por un instante: 26 años. Como dice César Aira, refiriéndose a Lautrémont, vivió tan poco que toda su existencia prácticamente fue su obra; es decir, no hubo margen para otra cosa. Casi no tuvo tiempo para otras experiencias. Esta afirmación, en la infinita mayoría de los casos, parece una desmesura, sin embargo, en el asunto Cáceres no lo es, puesto que perteneció a la estirpe de Ducasse, del Rimbaud poeta: Vidas precoces y rápidas. Traslados tan fugitivos como luminosos. Por tanto, su vida sí que fue su obra. Jorge Cáceres entró y salió de escena, en un relámpago.

Alguien que conoció a nuestro héroe, en su etapa de artista adolescente, fue el poeta Gonzalo Rojas, en el Instituto Nacional Barros Arana. En aquella época, cada uno en su rol: Rojas, de 20 años, estudiante universitario e inspector en dicho establecimiento –como también lo eran Nicanor Parra y Jorge Millas–, y Cáceres, estudiante, de 13 años, temporalmente “cautivo” en el internado del instituto. Año, 1937. Por esos días, recuerda Rojas, el cachorro Jorge Cáceres escribía poemas al estilo Alberti, pero su ídolo Pablo Neruda, residente en la tierra. Al año siguiente, se alejaría de ese y de cualquier otro Neruda, para partir con los locos de *La Mandrágora*. Quince años después, Rojas publicaría, en su memoria y contra su muerte, el poema del cual toma el título esta nota: *Una vez el azar se llamó Jorge Cáceres, a renglón seguido, grabaría: y erró veinticinco años por la tierra/ tuvo dos ojos lúcidos y una oscura mirada/ y dos veloces pies, y una sabiduría,/ pero anduvo tan lejos, tan libremente lejos/ que nadie vio su rostro*. Hacia el final del poema, Rojas habla de luz y de velocidad. Y de oxígeno. Como sabemos, la poesía es síntesis, y este es un poema genuino, de manera que en él se halla situada, tal fuera un grabado de iluminaciones, una buena parte de esa humanidad que fue Jorge Cáceres. Allí están su juventud perpetua, la flama en los ojos, su rostro fino, casi transparente, sus pies de gamuza, de bailarín de *Copellia* o de *La mesa verde*, su espíritu autárquico. Indócil. Y pacífico, a vida o muerte.

De un tiempo a esta parte, 30 o 40 años, los lectores de poesía chilena llegamos a Jorge Cáceres por intermedio de Gonzalo Rojas, del poema indicado. Cáceres y el azar;

un resplandor de juventud, en el opaco país de los desahuciados. Algo así. Es quizás, la primera conexión. Nos queda rondando su nombre. Lo registramos. Y una vez en este trazo, averiguamos. Entonces, nos toca el asombro. La perplejidad. Creo que nos ocurre a todos. Porque de verdad que fue un talento inusitado. Un fuera de serie. Lo habría sido aquí o en cualquier otro punto del mapa. Además, fue un talento múltiple, amén de su descarada adolescencia. De su juventud impune. Escribió poesía y bregó y ensayó en la Escuela de Danza de la Universidad de Chile, con el mismo encomio, con el mismo arrojo. Escribió poesía y militó en *La Mandrágora*, ¡a los 15! Y le llamaron el delfín, de tan nuevo que era. Se sumó a la revuelta con poemas, acuarelas, fotomontajes, collages. Publicó dibujos, libros-objeto. Intervino el espacio. Usó tinta china, maniqués, sillas, calaveras. Había que despertar la ciudad, remecer al transeúnte: ¡La verdadera vida está ausente! ¡La existencia está en otra parte! Y en el centro de este vórtice, en sus ratos libres, junto a un par de partisanos, fundó el primer club de Jazz de Latinoamérica. Todavía no usaba los dieciocho.

Puestas así las cosas, y para no sucumbir en la asfixia, al momento de la comparación inevitable con esta vida esplendente, nos brinda alivio cierta ironía cuchillera, de la buena, al volver con Rojas, con su “Rimbaud” (otra vez RIMB!!), y asumir, resignados, aquella insistencia, aquella gotera en el cráneo: *No tenemos talento, es que/ No tenemos talento, lo que nos pasa/ Es que no tenemos talento, a lo sumo/ Oímos voces, eso es lo que oímos: un centelleo,/ Un parpadeo y ahí mismo voces. Teresa/ Oyó voces. El loco/ Que vi ayer en el Metro oyó voces.*

Tal como dice Rojas, con suerte captamos murmullos, entrevemos destellos; pero no poseemos el talento del Vidente. Nada de eso. Ni Alquimia del Verbo, ni nada parecido. De igual modo, podríamos sumar al pie de la letra, no poseemos el talento –de artista cachorro– que incubara en Jorge Cáceres.

Hablar de Cáceres es hablar de vanguardia en Chile. Desde ese punto de mira, su nombre está inscrito en la conspiración surrealista de a fines del 30, iniciada por tres poetas de provincia: Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez-Correa. Esta célula, con los años, sería un referente para toda esta escuela o corriente artística, más allá de Santiago, sobre la cordillera y pasado el desierto, directo al continente. Su prontuario llegaría, de regreso, a Europa. *La Mandrágora* se convertiría en una marca de tinta y fuego. En un sello del Surrealismo, *urbis et orbis*.

A propósito de huellas, en mi opinión, el decenio 1935-1945, margen más, margen menos, es el lapso más trascendente, controvertido y convulso de la literatura chilena. Basta con decir que en él confluyen la llamada *generación del 38* y la revuelta surrealista. Ambos polos tensarían, de uno u otro modo, la producción literaria nacional por los veinte años siguientes. Decir que este período amaneció con la *Antología de la poesía chilena nueva*, de Anguita y Teitelboim, y en pleno fragor de la guerrilla literaria. Con *Miltin 1934*, de Juan Emar (+ *Un Año + Ayer*). Que en este tiempo cuajaron y se anunciaron, entre otras,

las obras de María Luisa Bombal y de Manuel Rojas, de Nicanor Parra, Rosamel del Valle, Carlos de Rokha. De Gonzalo Rojas y José Donoso. Cito, al pasar, con mezquindad.

El tramo en cuestión –que concluye con el Premio Nobel de Gabriela Mistral y el Premio Nacional de Neruda– fue la progenie de asaltos literarios, perpetrados en los años 20, como *Los Gemidos*, *Desolación*, *Residencia en la tierra*, y que concentró en Santiago, ciudad que comenzaba a convertirse en una capital, a una camada de poetas y escritores –iniciados ya, o en ciernes– que pugnaban por atraer los focos, por emerger, por luchar en la contienda cultural, bajo distintas banderas, pero siempre siguiendo la rotación del mundo. El mundo llegó y se insinuó en Santiago, como nunca antes, con sus rumores y humareda, aunque distantes, de guerras y revoluciones. Ahora bien, si aceptamos que la obra literaria no es un hecho aislado, podemos agregar, entonces, agregar algunos sucesos de nuestra historia a este caldero: caída de la dictadura de Ibáñez, República Socialista de los doce días, matanza del Seguro Obrero, voto femenino en comicios municipales, triunfo del Frente Popular, + en fin + etcétera.

Este fragmento del siglo XX coincide con la vida pública de Jorge Cáceres. O más bien, la provoca. O ambas, si se quiere. Como está dicho, la vida pública de Cáceres fue su producción artística. Fueron sus primeras y pequeñas piezas teatrales, en el internado del INBA, con Luis Oyarzún, como secuaz y cómplice. Con Millas, Rojas y a veces Parra, entre el público furtivo. Fue su experiencia en *La Mandrágora*, fueron sus libros y plaquettes, sus colaboraciones en revistas de combate, *Leitmotiv*, *Ximena*, *Neón*. Y por siempre, *Mandrágora*. Fue irrumpir en la Galería Rosenblatt, con la Velada Surrealista, en junio del 43, sumando obra y nombre a los de Nemesio Antúnez, Gabriela Rivadeneira, Braulio Arenas, Roberto Matta. Fue perpetrar, con Braulio Arenas, la Exposición Internacional Surrealista, en Santiago, diciembre del 48, con inclusión de obra propia, y de Breton, Cid, Péret, Rosenblatt. Al igual de urgente, fue su trayecto de bailarín clásico, en el Ballet Nacional Chileno. Sus cruces de cartas con surrealistas de Europa, o emigrados a Estados Unidos, arrancados de la guerra. Fue la fundación del Hot Jazz, de Santiago. Fue su viaje a París, en 1948: *Aquí me tienes, en pleno París, después de un viaje hermoso y rápido*, le escribe a Gómez-Correa, un miércoles 5 de marzo, más veloz de lo que fuera el martes 4. Fue también el apremio de aquel 21 de septiembre, cuando le hallaron muerto en la bañera, del departamento que alquilaba, en la calle Lira. Causa oficial del deceso: infarto al miocardio y la posterior inmersión en la tina de baño, aunque el informe de autopsia insinuara otra causa. Otro misterio, insondable, de Cáceres, anexo al misterio del futuro. De su futuro.

Por otra parte, si la vanguardia en Europa surgió en el periodo de entreguerras, como respuesta inmediata, quizás desesperada, a la máquina racionalista, la variante chilena fue, más allá de las similitudes obvias, de imitación, una respuesta a la primacía de la moral burguesa, a la molición de un catolicismo endémico, y a los intentos de una izquierda ortodoxa, en especial del Partido Comunista, por copar el campo de la cultura. Frente a esto, los *mandrágoras* –con excepción de Jorge Cáceres– declararon la guerra

abierta a Neruda y a la Asociación de Intelectuales de Chile, hegemonizada, precisamente, por el Partido de Recabarren. Vieron, o presintieron, el embrión totalitario que allí crecía. Combatían, por tanto, en dos frentes: 1. Contra una sociedad burguesa-conservadora. 2. Contra una izquierda bolchevique y policíaca. De ese modo, convencidos del poder de la poesía, de la acción del arte, pero siempre conectados a las zonas opacas de la mente, en pos de transformar la vida e invertir al mundo, salieron a combatir, durante medio siglo.

El surrealismo chileno fue el más persistente de la Tierra. Esto, a pesar de las bajas sufridas, como la del propio Cáceres o más tarde, aunque también con premura, la de Teófilo Cid; de la pronta desertión de Gonzalo Rojas y en particular la de Braulio Arenas, después de años de vanguardia, quien, bajo el peso de la noche, tomó un camino a contramano. No obstante, Enrique Gómez-Correa mantuvo el credo surrealista, hasta el último delirio. De hecho, bien podría considerarse, en la zona escrita, el último surrealista del planeta.

Pero, bien pensado el asunto, que el surrealismo en Chile haya perdurado más de la cuenta, no tiene nada de extraño. Aquí estuvo la vanguardia, antes que en cualquier otro punto del continente. Todo comenzó aquí, en 1916, cuando Vicente Huidobro —aquel oxígeno invisible de la poesía hispanoamericana, al decir de Octavio Paz— publicó *Espejo de agua*. Entonces, inició el jaleo. Comenzó la revuelta.

De modo que tampoco sería una gran sorpresa, o no debiera serlo, saber que en el ALMANAQUE SURREALISTA INTERNACIONAL de 1950, están señalados tres hitos que incumben a Chile:

1. El cuadro “La Tierra es un hombre”, de Roberto Matta, en 1942.
2. La Exposición Internacional Surrealista de Santiago, en diciembre de 1948.
3. La muerte de Jorge Cáceres, en junio de 1949.

Finalmente, a modo de cierre temporal, dejo el resultado de un ejercicio, más o menos aleatorio y de leve inspiración surrealista, con versos de nuestro héroe, tomados de algunos poemas de sus libros y plaquettes: *René o la mecánica celeste*, *Pasada libre*, *Por el camino de la gran pirámide polar*, *Monumento a los pájaros*, y *Textos Inéditos*, incluidos en Cáceres. Obra completa, de Luis G. de Mussy, de 2005: *El paisaje cambiará/ Para las generaciones al fondo del día/ Sobre dos cuerdas boreales/ Un pájaro en la punta del cielo/ Ida y vuelta y pasa el silbido del tren/ Ida y vuelta y ahora el blanco del ojo es violeta/ Cuando en mi noche magnética/ Caen pájaros de nubes/ Yo he dicho/ Para ellos la mirada es bastante/ Los pájaros cambian los paraísos/ Y están las cuatro ventanas encendidas/ En pleno bosque/ Y la noche será más corta alrededor del fuego/ Como la noche de abril/ En las fauces del lobo/ Como un fuego bien alimentado arriba las manos/ Es demasiado tarde para un juego/ De repeticiones/ Una lámpara puede cantar su olvido/ Y el sol está escrito/ Este sol más puro que jamás.*